



Alberto Laiseca

CUENTOS DE TERROR


INTERZONA



Alberto Laiseca (comp.)

CUENTOS DE TERROR

INTERZONA



Índice

Prólogo	9
Edgar Allan Poe La caída de la casa Usher	15
Gustavo Adolfo Bécquer El beso	39
Villiers de l'Isle-Adam El secreto del caldoso	57
Ambrose Bierce La ventana tapiada	71
Bram Stoker La mujer india	79
Lafcadio Hearn Yuki-Onna	97
La historia de Mimi-Nashi-Hoichi	102
La promesa	114

W. W. Jacobs	
La zarpa de mono	123
Saki	
Sredni Vashtar	139
Los intrusos	145
Horacio Quiroga	
La gallina degollada	155
La miel silvestre	164
David Herbert Lawrence	
El caballito de madera	173
John Russell	
El precio de la cabeza	195
Alberto Laiseca	
Cuentos de la negra Tomasa	213
Anónimo	
El Bobi	229
Los autores	235

Prólogo

A la vuelta de casa, allá en Camilo Aldao (mi pueblito de la Provincia de Córdoba), se reunían de noche unas viejitas que contaban historias espantosas: gente enterrada viva, mujeres jóvenes secuestradas a quienes les hacían cosquillas hasta matarlas, sirvientas que se volvían locas y metían al niño de la familia en el horno (con una manzanita en la boca, como si fuera un chanchito), etc. Según decían las viejas, éstos no eran cuentos sino "historias verídicas". Yo tenía mucho miedo y después no podía dormir, pero valía la pena. Estas mujeres, con sus historias, me abrieron puertas en el alma. Creo que ahí empecé a interesarme en el horror.

Ya egipcios, romanos, chinos y japoneses tenían cuentos con fantasmas, seres transformados o magos que enviaban cocodrilos mágicos a casa de sus enemigos. La vieja pregunta es: ¿por qué seguimos leyendo (o pidiendo que nos cuenten) historias terroríficas? En primer lugar, porque nos divierten mucho. Es cosa clara. Todo lo que "abre puertas" gratifica. Pero hay todavía una razón más profunda: los monstruos existen en serio y todos lo sabemos (independientemente de la enseñanza que nos hayan endilgado). Oír cuentos horripilantes es familiarizarnos con lo terrible. Así, cuando el Espanto Penúltimo llegue (cosa más que probable), estaremos preparados. No era éste el concepto de mi padre, que pensaba que debía preservarme de los miedos infantiles. Me había prohibido terminantemente seguir visitando

a esas viejitas cuenteras de mi pueblo y también leer a Edgar Allan Poe. Por cierto, que yo no le di ni bola. Y lo bien que hice.

Hace doscientos años, en Europa, todos pensaban como yo. España, Francia, Rusia, Alemania: a los niños se les abría la puerta del HORRIBLEBASTATOSO. Cuestión de irnos vacunando. Recuerdo un cuento alemán del siglo XIX, de autor anónimo, y para chicos, que aquí se los doy como regalito macabro para esta antología. El título, si la memoria no me engaña, es algo así como *La madre y la Muerte*. Franz Schubert, chochísimo.

Una madre vive con su hijito de tres años, en una casa muy pobre a orillas del Rin. Un día se presenta la Muerte: muy alta, flaquísima, toda de negro. Rostro amarillo y piel de tambor. Ninguna madre deja que le lleven al hijo así no más y la Muerte lo sabe. De modo que la Huesuda, para poder realizar su horrible trabajo, lanza un hechizo sobre la mujer y la deja paralizada. Aprovecha el diabólico encanto para arrancarle el hijo de los brazos y marcharse.

Todos le tienen miedo a la Muerte. Ni siquiera el río Rin, con ser tan caudaloso, se atreve a incomodarla. Ella camina sobre las aguas, como los santos. Si se encuentra con un bosque de espinos, las mortales púas de los árboles, horrorizadas, se apartan para dejarla pasar. Ni siquiera se atreverían a rozar las vestiduras de esa Señora. Una montaña inmensa, de hierro y piedra, le fabrica un túnel. Luego que ha pasado se cierra al instante.

Pero una madre no tiene ese poder sobrenatural. Nadie le tiene miedo a una madre. Nadie le teme a una mujer. Ella, con su instinto, sabe quién y adónde se ha llevado a su hijo. Llega al río más caudaloso de Alemania y le pide:

—¡Rin! ¡Rin! ¡Déjame pasar puesto que la Muerte se ha llevado a mi hijo!

—Sí, cómo no —le dice el río—. Pero esto no es gratis. Algo debes darme a cambio. Quiero tus ojos.

La mujer se los da y el Rin permite que ella camine sobre sus aguas.

Llega al infranqueable bosque de espinos:
—¡Bosque! ¡Bosque! ¡Déjame pasar puesto que la Muerte se ha llevado a mi hijo! —No hay problema —le dice el bosque, que está en un buen día—. Dame tus piernas y te abro camino.

La madre da sus piernas y los espinos se apartan.

Llega a la montaña de hierro y piedra y repite el pedido. Da la feliz casualidad de que esa tarde la montaña está con un ánimo de lo más bonachón:

—Por cumplirse hoy cincuenta años del glorioso momento en que Federico el Grande invadió la Sajonia, no sólo voy a dejarte pasar sino que te pediré una insignificancia a cambio: dame tus manos.

La madre, con sus dientes, se corta las manos y las entrega.

Sabe bien que la Muerte tiene su casa en el desierto. Y entonces así, ciega, sin piernas ni manos, se interna sobre la arena arrastrándose como puede.

Tenía razón porque allí, exactamente en el medio de lo desolado, está Ella, siempre de negro y altísima.

La Muerte se sonríe, con respeto y asombro.

—Caramba —dice—. En los miles de años que vengo haciendo este horrible trabajo, nunca vi tanta abnegación. Está bien. Te voy a dar a tu hijo.

Y se lo entrega. El chico está muerto.

La madre y la Muerte. Un cuento alemán.

Esta es para mí, entonces, la importancia del monstruo en el arte: como abridor de caminos, verdades y puertas.

La selección que me gustaría hacer tendría el tamaño de una pequeña enciclopedia. En primer lugar, mis predilectos (y no me importa si se trata de novelas o cuentos): *Drácula*, *Frankenstein*, *El hombre de arena*; buena parte de Poe, todos los cuentos japoneses recopilados por Lafcadio Hearn; cuentos chinos como *Celos* y *El hombre que vendió fantasmas*, gran parte de la narrativa rusa para niños con mi monstruita predilecta: la bruja Baba Yaga.

No podrían faltar fragmentos bien espantosos de *Las mil y una noches*: por ejemplo, ese pasaje donde el marido ve horrorizado que su mujercita encantadora come con deleite carne humana; una gula (espíritu maléfico) saca trozos de cadáveres de las tumbas para que su media naranjita se haga un festín. ¡Ahora él sabe por qué su esposa comía tan poco en casa! Es que la pobre chica estaba acostumbrada a manjares más exquisitos.

Si bien y como es lógico, no podemos darles *todo* el terror del mundo en un solo libro, a cambio les ofrecemos esta selección de cuentos deliciosamente escalofriante.

Alberto Laiseca

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA